

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. portres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. portres meses para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

EL ASNO MUERTO

Y LA MUJER GUILLOTINADA.

(Continuacion.)

CAPITULO XX.

Sentencia.

Condenado á la pena de muerte.
(CÓDIGO PENAL, ART. 304.)

En la plaza de Greva, do justicia es cumplida,
Será decapitada
Sobre el cadalso á tal objeto alzado
En la forma debida.

(LA MARISCALA DE ANCRE, acto V. traduc lib.)

Tanto mayor era mi gozo, cuanto que desde aquel dia Enriqueta era mia, mia, hasta que perteneciese al verdugo. De todos los que la habian adorado no le quedaba ninguno sino yo.

Su crimen estaba probado, y ella lo confesaba: un momento de venganza la habia perdido. Al ver la causa primera de sus escesos, á aquel que la habia arrebatado del campo, al que la habia abandonado despues arrojándola ya corrompida en el fondo de un hospital, presentarse indiferente, en busca de un amor fácil, ella no habia podido contenerse, y le habia matado; le habia matado, al recordar de repente tantas afrentas, al sentirse alumbrada no sé por qué horrible luz que la habia dejado ver su destino en toda su desnudez, al palpar en fin que se ligaban con aquel hombre sus ultimos y amargos recuerdos de inocencia; le habia matado mientras estaba dormido, de un solo golpe, como por inspiracion, despues de lo cual habia ella vuelto á dormirse, porque su cólera solo existia por intervalos, y sus pasiones eran un relámpago: todo en ella estaba muerto, corazon, alma, imaginacion, virtud, pasion. Sin embargo nadie lo hubiera creido; era preciso haberla estudiado como yo para conocerla. Su voz era dulce, su aire decente; y á su espalda la pena de muerte, el cadalso, el ruido del hacha al caer, todo esto la protegía

con cierta influencia elocuente que la hubiera salvado, ¿pero cómo se hubiera nadie atrevido á interesarse por ella? Todo lo que pudieron hacer de mas humano fué tardar seis horas en deliberar antes de condenarla á muerte (1).

CAPITULO XXI.

El Calabozo.

Llanto y rechinamiento de dientes.
(EVANGELIO.)

Luego que hube oido la sentencia, pensé entre mí que habia finalmente hallado la solucion del problema que buscaba; con un poco de valor todavia el horror llegaria á su colmo. Resolví endurecerme contra el fin del drama, y asistir á la espacion de aquella vida tan desdichadamente empleada: la víctima no interesaba ya en el mundo á nadie mas que á mí, quise, pues, volverla á ver, y Silvio, gracias á sus relaciones con el comisario, me introdujo en aquella vasta cárcel cuyas moradoras están condenadas á galeras, verdadero suplicio bastardo tan horrible como la tortura de los presidios de Brest y de Toulon, aunque menos en evidencia que estos. Allí oí gemidos y gritos de alegría, blasfemias y oraciones, y ví rabia y lágrimas; pero todos estos hechos generales me interesaban poco por entonces; no buscaba sino una mujer, una sola; me importaba descubrir su calabozo, y le descubrí: era profundamente subterráneo, y estaba en el ángulo de un patio solitario; á la boca del respiradero, un banco carcomido y cubierto de espeso musgo parecido á un hermoso tapiz verde me permitia sentarme y mirar sin ser visto, en lo interior del calabozo. Conozco aquel banco como conozco la casa paterna, y podria describirle al cabo de mil años: el tiempo y la intemperie lo habian medio destruido; á la estremidad que daba sobre el respiradero tenia una ancha abertura en medio de la cual podia acomodar mi cabeza, sin

(1) En la época á que se refiere el autor, no se habia adoptado todavia por las leyes francesas la teoria de las *circunstancias atenuantes*, cuya admision, una vez declarada hoy por el jurado, impide la aplicacion de la pena de muerte á criminales que de otro modo hubieran infaliblemente de sufrirla.

hacer sombra en el calabozo y sin miedo de ser visto. Sobre este banco pasaba yo echado dias enteros; el patio, rodeado de gruesas paredes, habia venido á ser una posesion mia; á fuerza de protecciones me veia hecho casi un calabocero supernumerario, y podia estudiar á mi sabor diariamente los menores movimientos de mi cautiva.

Este estudio era doloroso, ¡aquellas paredes húmedas, aquella luz incierta, aquella paja á trozos, y sobre aquella paja una jóven sin otra esperanza que la imposible anulacion de la sentencia por el tribunal supremo! ¿Cómo hubiera podido yo conservar mi cólera á vista de un cuadro tan lamentable? Yo asistia por la mañana al despertar de la infeliz: el primer rayo de luz que daba, perpendicularmente en su lecho la arrancaba al sueño; abrianse sus ojos con precipitacion y espanto, sentábase en seguida, y quedábase meditabunda: algun tiempo despues la veia levantarse, recoger la paja de uno y otro lado, acercarse su cantarillo á la boca, entregarse con esmero á las ocupaciones de una minuciosa limpieza, componerse sus largos y negros cabellos, y hacer durar todo lo posible esta diligencia importante, porque en ello ponía su alma entera, y luego que todo se habia concluido, cuando ya no le quedaba que ponerse un alfiler siquiera, ni una cinta que atar, caíansele los brazos lentamente, y daba muestras de no pensar ya en nada.

Mas tarde el carcelero le llevaba pan negro, y sopa caliente en una hortera rústica en la cual nadaba una cuchara de estaño. La hortera quedaba en el suelo; la sentenciada se arrodillaba, y con la cabeza inclinada respiraba su benéfico vapor; abarcábala con las dos manos que el calor penetrante coloraba ligeramente; y luego que se habia apoderado de la sopa, por medio de todos los sentidos, la devoraba en un abrir y cerrar de ojos como para indemnizarse de haber aguantado tan largo tiempo. Por la tarde se comia pausadamente su pan negro, alzando los ojos hácia el respiradero por donde la noche comenzaba á descender á las cuatro, y pensando de antemano en lo larga que habia de ser aquella nueva noche, se quedaba en un éxtasis penoso, con los ojos bañados en lágrimas, la boca llena, y dejando caer sobre el húmedo suelo el resto de su pan.

Un dia que hacia calor y en que la ancha telaraña pendiente del techo brillaba con resplandores rojos y morados, mientras que el insecto gozoso recorria su obra en todos sentidos, multiplicando hasta lo infinito sus delgados hilos, la jóven cautiva se puso á cantar. Al principio tarareó su cancion en voz baja, en seguida cantó mas alto, y al fin lo hizo con toda la fuerza de su voz: la cancion era insignificante, una cancion de bravura, una música productiva para un cantor de encrucijada al son ambiguo de un organillo; pero ella daba una espresion indefinible, y yo, echado sobre mi banco recibia sus acentos temblando; era aquello en mí como la sonrisa de un jóven herido de muerte,

que debiese levantarse de nuevo y vengarse un momento despues.

Otra vez la vi alegre, riéndose á carcajadas y frotando con un pedazo de lana, con su cobertor agujereado no sé qué cosa, pero la frotaba con una perseverancia y una actividad increíbles. Tan pronto permanecía un cuarto de hora entero sin examinar el progreso de la frotacion, como por el contrario consideraba á cada instante el pedazo de metal: el objeto era dejarle resplandeciente y liso, arrancarle el orin que le cubría, y ella no lo lograba, se impacientaba, perdía las fuerzas, se desalentaba, volvía á la faena, hasta que de repente dió un grito de alegría. Era un boton de metal que habia quitado á su carcelero, y le habia puesto asaz liso y brillante para que pudiese servirla de espejo.

Al principio se sintió dichosa, ¡hacia tanto tiempo que no se habia visto! Pero pronto volvió á entristecerse; ¡aquel rostro no era ya el suyo! ya no se veian ni sus ojos tan vivos, ni su blanca piel, ni sus labios de rosa; ¡ya no era ella! Un momento despues se miró de nuevo, porque habia reflexionado que aquel espejo era engañoso, que aquel metal redondo alargaba su rostro, que aquella luna amarilla la robaba el color, y que aquella mala luz la hacia menos blanca; entonces se remontó á los hermosos dias de su hermosura; sus recuerdos la embellecieron nuevamente; una sonrisa hizo lo demas.

En el instante mismo en que ella se sonreia consigo propia, entró su carcelero.

CAPITULO XXII.

El Carcelero.

¡Un hombre! no sé si se le puede llamar un hombre: habia nacido dentro de aquella cárcel, de la cual era su padre carcelero lo mismo que él, una muger de las galeras le habia engendrado bajo el dominio de la vara, y aquel ser abortado habia sin embargo nacido á tiempo asaz oportuno y con forma asaz humana para ser carcelero. Era espantoso, especialmente cuando se reia. Yo le ví hacer su declaracion amorosa; primeramente se puso con prudencia al lado de la puerta y apoyado en ella, fijando en la desventurada jóven sus dos ojos desiguales, y abriendo una ancha boca cuyos gruesos lábios dejaban apenas entrever los dientes agudos y negruzcos de un zorro viejo, le habló con un lenguaje imposible de entender, y le dijo por señas que antes de quince dias debian cortarle la cabeza. La seña fué horrible y muy espresiva: alzóse el hombre sobre sus pies, levantó su pesada mano detrás de su cabeza, bajó su grueso cuello, é hizo la demostracion de herirse; su pecho despidió un sonido sordo muy semejante al de la cuchilla que cae... Despues volvió á levantar la cabeza mostrando su larga barba, sus gruesos lábios, sus dientes negros y agudos, y su descompuesta

sonrisa que habia conservado preciosamente, sin duda para evitarse la pena de comenzar otra.

La sentenciada le miraba con ojos inciertos. El se acercó á ella, la cogió una mano, la esplicó detenidamente que podia salvarse; no sé lo que la dijo porque sus palabras no llegaban hasta mí, pero ella pareció consentir en todo segun un gesto afirmativo que percibí, y convinieron en una hora mas favorable; entonces él quiso abrazarla, mas ella retrocedió con espanto, y él se marchó con aquella horrible sonrisa que habia estereotipado sobre su horrible rostro.

¡Ah! al ver esto tuve necesidad de llamar en mi ayuda todo mi valor. ¡En el calabozo! ¡sobre el lecho de muerte! ¡su carcelero! ¡Yo estaba loco, loco de dolor, de desesperacion, de asombro, de rabia! Creia apurados todos los filones, y se me presentaba una mina enteramente nueva de corrupcion: creia aquella larga disolucion llegada á su fin, y comenzaba de nuevo: y ¿cuándo? ¿qué dia? ¿á qué hora? En aquel momento quizá, y yo estaba sobre mi banco, respirando apenas y mirando con el mayor ahinco. Aquel dia ví entrar al mismo carcelero con su cara ordinaria; Enriqueta al verle se replegó al extremo de su calabozo; además de la comida acostumbrada, llevaba él un haz de paja de heno sin usar que estendió gravemente sobre la paja vieja, saliéndose despues impasible, y aun sin dirigir una mirada á su cautiva. Oí el sonido lejano de los cerrojos que volvian á correrse, y respiré con mas libertad: ¡Gracias á Dios, el dia designado no era aquel!

Pero despues de un instante de calma, renació mi inquietud: ¡quizás el carcelero me habia visto! ¡quizás debia ser al dia siguiente, aquella noche! ¡y era de noche ya! Atrevesé á tientas el patio; el aire estaba helado; la niebla se habia hallado aprisionada entre aquellas altas paredes y se deshacia en lluvia; el calabozo estaba oscuro; figuráos una tumba sombría y profunda, sin movimiento, sin que se pueda percibir ni aun el blanco esqueleto que la ocupa. Ya me iba á retirar, abandonando el respiradero, cuando en el fondo del calabozo creí ver y ví en efecto por el ancho agujero de la cerradura un débil rayo de luz, una cosa fosfórica, un fuego fátuo aparecido durante la noche al viajero extraviado, una luciérnaga oculta debajo de una hoja de rosa. La puerta se abrió lentamente, se difundió por el calabozo el rayo de luz, y lentamente entró el carcelero, sujetando con una mano las llaves para impedir el ruido, y llevando en la otra una fétida lamparilla; volvióse de repente, y ví el lecho, la paja nueva, á Enriqueta acostada y despierta.... ¡Estaba aguardando! La lamparilla quedó en el suelo, el carcelero se adelantó con paso seguro... yo queria gritar, y no podia; queria huir, y mis miembros estaban helados; queria volver la cabeza, y la tenia fija, sujeta, clavada, invenciblemente obligada á verlo todo; me sentia morir, cuando afortunadamente se apagó la lamparilla: desapareció todo, y ya no ví nada, no

ví nada ni imaginé nada. ¡Dios mio! el mayor de tus beneficios para el hombre es la locura ó el delirio, sin esto la desgracia le mataria.

Quince dias despues pude esplicarme aquel misterio: tratábase de una gran próroga á favor de la sentenciada. Desde el dia siguiente la ví inquieta, pensativa; y cuando entraron á leer su sentencia de muerte, la escuchó con sangre fria, dijo una palabra, y un instante despues llegaron dos hombres vestidos de negro, dos facultativos, uno grave, ya viejo, pensativo y cabiloso, otro jóven, risueño, indiferente; este cogia con gracia y delicadeza la mano de la sentenciada, mientras que su compañero parecia tocarla apenas, y manifestaba mas horror del que en efecto sentia. En los primeros momentos el médico viejo dijo á los alguaciles: esta muger no está en cinta, que se ejecute la ley: y salióse del calabozo. Ya sacaban los soldados á Enriqueta, cuando el médico jóven llamando al viejo, gritó: esta muger está en cinta, es madre; la ley, la humanidad, todo se opone á que muera: y habló con tanta energia, y dió tantas pruebas, que se mandó suspender el suplicio.

CAPITULO XXIII.

El hospicio de la Salitrería.

Ya mi cabeza siéntese aturdida
Por mis dolencias y mi larga vida.

PEDRO DE RONSARD, oda traduc. libre.

Y ¿por qué no ha muerto ese niño? exclamé yo dirigiéndome por el paseo nuevo. ¿Por qué esa muger cercenada del número de los vivientes tenia todavia el derecho de ser madre? El nacimiento del hijo será para la madre una sentencia de muerte, un segundo tribunal supremo; la leche que debiera alimentarle correrá en vez de sangre á los golpes del escarpelo, digno objeto de burla para nuestros anfitratros. Diciendo esto llegaba yo á la Salitrería, poblacion entera precedida de una cúpula inmensa, rodeada de vastas paredes, sembrada de pequeños jardines, asilo tan deseado de las mugeres ancianas, lugar á donde van á parar su ociosidad y sus trabajos, sus amores mercenarios ó sus cuidados maternales. Veíaselas circular aun en vida al rededor de aquel asilo, las unas dichas con poder salir de él una hora, las otras implorando el permiso de vivir en él algunos dias.

Investigaba yo dentro de mí mismo por qué fatalidad tantas mugeres llegaban al mismo fin, cuando al volver una carrera de árboles, frente por frente á una graciosa casa rodeada de un verde bosquecillo, ví á una pobre muger con dos hijos. Ella torcia cañamo para hacer cuerda; un chico de siete á ocho años, con los pies descalzos y el cabello ensortijado, daba vueltas á la rueda; y la pobre muger andaba de espaldas, soltando de tiempo en tiempo y con una mano avara la hilaza que tenia en el delantal. Estaba trabajando desde por la mañana, pero la obra adelantaba poco, porque tenia que aco

modar sus pasos á las pocas fuerzas del obrero mas bien que á las suyas. Por debajo de la cuerda comenzada y sobre el cesped seco que cubria la tierra dormía una niña chiquita; tenia su tierna cabeza apoyada sobre el brazo derecho, el viento levantaba ligeramente sus largos y finos cabellos que volvian á caer sobre su mejilla animándola con un suave color de rosa; su hermanito la miraba de vez en cuando, envidiándole quizá su sueño; la desgraciada madre los miraba á mas largos intervalos, pero de pronto huía de su contemplacion echándose á sí misma en cara un instante perdido.

¡Pobre niña! ¡miseria en tu cuna, y ni una cuna, ni un medio, ni un solo medio de libertarte de tu destino! ¡Feliz en demasia tú, si á los ochenta años te conceden un lugar en la Salitrería!

CAPITULO XXIV.

Una entrevista.

Luego que hubieron sacado á Enriqueta de su calabozo para encerrarla en un cuarto mas cómodo, no pudiendo ya verla, salió de mi prision voluntaria, y volví á entrar en mi vida aventurera, en la cual, para distraerme, me dediqué mas que nunca á mi estudio favorito de los pequeños acontecimientos de la vida comun, espiondo, por decirlo así, á la naturaleza vulgar, y robándola mil secretos inocentes demasiado sencillos para escitar el estudio y sin embargo demasiado fértiles en emociones. De este modo me aturdí á mí mismo acerca del tiempo, y olvidaba todo lo que sabia; me imaginaba que aquello era un sueño; no buscaba sino figuras risueñas, habia vuelto la primavera, con ella mis paseos solitarios. Un dia pasaba por delante de un gran patio lleno de madera, las tablas estaban cuidadosamente colocadas junto á la pared, en el fondo del patio habia un jardinito enteramente perfumado por hermosas lilas medio abiertas, varias tejas rojizas cubrian algo mas bajo que el tejado un gracioso palomar, y sobre el borde de la tabla, se paseaba arrullando orgullosamente al sol un hermoso pichon de cuello tornasolado y de pluma dorada. Habia tanta limpieza, tanta elegancia y tanto gusto en el edificio, que no pude resistir al deseo de entrar en él, y echar sobre sus accesorios una larga mirada; y ya me volvía á salir pausadamente, cuando en el piso bajo y en medio de una vasta sala, una máquina grande que no conocia. Componíase de un largo tablado de encina y rodeábala una ligera barrera por ambos lados; descansaba sobre la espalda una escalera, y en la parte anterior se alzaban dos vigas anchas y amenazadoras, cada una de las cuales tenia en medio una muesca de arriba á bajo; muy cerca del pié habia una tabla cortada en forma de collar, y esta tabla era movable. Advertíase que la obra estaba para acabarse; un jóven, hermoso, risueño y forzado, golpeaba con el mayor brío sobre las mal unidas piezas, y ponía las postreras cuñas á todo

ello; sobre el último escalon junto al tablado habia una botella y un vaso, y de vez en cuando el jóven echaba un trago, y volvía á su trabajo en seguida cantando cualquier copla alegre.

Aquella máquina desconocida me inquietaba; aquellas dos vigas que llegaban casi al techo, aquella especie de teatro ambulante que parecia estar aguardando un telon, y al extremo aquel ancho agujero á propósito para recibir á un apuntador, todo aquel conjunto era para mí tan extraordinario, que hubiera permanecido un dia entero en el mismo sitio, sin poderlo explicar. Mientras que inmóvil, mudo, escuchaba yo con un estremecimiento involuntario los golpes del martillo, el obrero fué interrumpido por un lindo muchacho que llegaba á venderle cordel; el vendedor era el obrerito, que habia yo visto en la Salitrería dando vueltas á la rueda, y que llevaba el trabajo de quince dias, temblando á la idea de que no se lo comprasen, segun mostraba su timidez. El carpintero le recibió como un jóven honrado, tomó la cuerda sin mirarla mucho, la pagó, y despidió al muchacho con un ruidoso beso y un vaso del buen vino que tenia al pié de la escalera. Vuelto á quedar solo, no volvió á su trabajo, sino que se puso á pasear de un extremo á otro en ademan pensativo y sin quitar los ojos de la puerta; sin duda esperaba á alguien, ese alguien que siempre llega demasiado tarde, que siempre se va demasiado pronto, á quien se agradece que impida un dia de trabajo, y con el cual las horas son tan rápidas como el pensamiento.

Llegó al fin la persona á quien se aguardaba: una jóven hermosa y fresca, sencilla y curiosa, que despues de saludar á su amante, se puso como yo á contemplar la máquina. Yo no oía una palabra de la conversacion pero debia ser viva é interesante; al fin el jóven se puso serio, é hizo una seña á la muchacha como para invitarla á que representase su papel sobre aquel teatro; ella no quiso al principio, despues se hizo menos de rogar, y por último consintió en todo: entónces su amable futuro, tomando un ademan grave y serio, la ató las manos á las espaldas con el cordel vendido por el muchacho, y la sostuvo para subir al tablado; llegada á lo alto del mismo, atóla él á la tabla movable, de manera que en un extremo de ésta tocaba el pecho de la jóven, mientras que sus pies quedaron tambien atados al otro extremo; entónces comencé yo á comprender, y tenia miedo de comprender enteramente, cuando de improviso la tabla se baja horizontalmente entre las dos vigas, el carpintero se planta de un brinco en el suelo, sus dos manos sujetan el cuello de su amada, y aprovechándose de su ventajosa posicion, pasa su cabeza por debajo de la cabeza femenina que miraba á tierra, y comienza á acariciarla. Por mas que ella queria defenderse, ni aun moverse podía, porque estaba tan invenciblemente sujeta á la tabla; entonces comprendí perfectamente para qué podia servir aquella máquina.

CAPITULO XXV.

El último día de un reo de muerte.

Nada hay nuevo debajo del sol.
PROVERBIO.

Un ligero golpe en el hombro me sacó de mi horrible contemplación; volvíme con espanto como si hubiese temido encontrar detrás de mí al hombre para quien trabajaba el carpintero, y solo ví el rostro blando y triste de Silvio que mostraba compadecerme y lastimarse de mí.—Ven, amigo mío, dije á Silvio con la sonrisa de un insensato, ven á ver esta máquina, y ese solaz de la juventud; ¿crees tú que sobre esas tablas tan bien acepilladas pueda sentirse el dolor? Yo no lo creo.—Y para persuadir mejor á Silvio, me puse á contarle la historia del ahorcado; Silvio, sin dejar de escucharme, me sacó al campo, y cuando creyó que estábamos á bastante distancia de aquella casa cuya apariencia era tan bella, me dijo:

—Temo mucho, pobre amigo mío, que no suceda siempre en tales desgracias lo que tú dices.—Al mismo tiempo sacó de su bolsillo uno de esos grandes diarios americanos, cuyo número y cuya importancia son todavía para nosotros poderoso motivo de asombro, y viéndome en disposición de escucharle, me leyó lentamente la historia que sigue de las últimas sensaciones de un reo de muerte; bien que, como despues he sabido, para no abrumarme á fuerza de dolor, el lector habia pasado en silencio la última entrevista del reo con Sofia Clara, jóven á quien amaba con pasión.

«Eran las cuatro de la tarde cuando Isabel se separó de mí, y luego que hubo partido, me pareció que habia terminado cuanto tenia yo que hacer en este mundo. Hubiera podido con razón desear la muerte allí mismo y en aquel mismo instante, porque habia ya ejecutado la última acción de mi vida y la mas amarga de todas. A medida que llegaba el crepúsculo, mi encierro se ponía mas frío y mas húmedo; la tarde era sombría y nebulosa; yo no tenia fuego ni luz, aunque estábamos en el mes de enero, ni mantas bastantes para abrigarme: mi espíritu se debilitó por grados; mi corazón se abatíó bajo el peso de la miseria y de la desolación de cuanto me rodeaba; y poco á poco (porque lo que escribo ahora no debe ser sino la verdad) la idea de Isabel y de lo que sería de ella comenzó á ceder delante del sentimiento de mi propia situación. Esta fué la primera vez (ignoro la causa de ello) que mi espíritu comprendió enteramente la pena que debia yo sufrir á las pocas horas; y al reflexionar sobre el trance apodérase de mí un terror horrible, como si acabase de pronunciarse mi sentencia, como si hasta entonces no hubiese sabido real y seriamente que debia morir.

«Ya hacia veinte y cuatro horas que no habia co-

mido nada, y sin embargo tenia delante de mí la comida de un hombre piadoso queme habia asistido, y que me la habia enviado de su propia mesa, pero no podia probarla, y cuando la miraba se apoderaban de mí pensamientos estraños. Aquella comida era delicada, no como la que se dá á los presos, y se me habia enviado porque al día siguiente debia morir: y pensé en los animales del campo y en los pájaros del aire que se engordan para matarlos. Conoci que mis pensamientos no eran los que hubieran debido ser en momentos semejantes, y creo que mi cabeza se trastornó. Una especie de zumbido sordo, semejante al de las abejas, resonaba en mis oídos sin poder libertarme de él, y, bien que hubiese ya cerrado la noche, corrían delante de mis ojos en todos sentidos luminosas centellas, y no podia acordarme de nada. Probé á rezar mis oraciones, pero no pude recordar sino tal ó cual trozo; me parecia que mis palabras eran otras tantas blasfemias: no sé lo que eran, me es imposible analizar lo que dije entonces.

«Pero de repente me pareció que todo aquel terror era vano é inútil, y que yo no aguardaría allí para perder la vida: y de un salto me puse en pié, me lancé á la reja de la ventana del calabozo, y me así de sus hierros con tal fuerza que los torcí, por que sentí en mí la pujanza del león. Recorrí con mis manos cada una de las partes de la cerradura de mi puerta, y me puse á empujarla con los hombros, bien que supiese estaba guarnecida de hierro y que era mas pesada que la de una iglesia: tanteé por todas partes las paredes, hasta el último rincón del calabozo, aunque perfectamente instruido, si hubiera estado en mí, de que aquellas eran de piedra maciza, de tres pies de grueso, y de que aun cuando hubiese podido pasar por una rendija mas pequeña que el ojo de una aguja, no tenia la menor esperanza de salvación. En medio de todos estos esfuerzos, se apoderó de mí una debilidad tal como si hubiese tomado veneno, y no me quedaron fuerzas sino para volverme con paso vacilante al puesto que ocupaba mi cama. En ella caí, y creo que me desmayé; pero esto no fué largo, porque mi cabeza daba vueltas y el cuarto tambien. Y soñé entre dormido y despierto, que era media noche, que Isabel habia vuelto, como si me lo hubiese así prometido, y que no la dejaban entrar: me parecia que caía una nieve espesa, que las calles estaban cubiertas de ella como de una sábana blanca, y que veía á Isabel muerta, tendida sobre la nieve en medio de las tinieblas, á la puerta misma de la cárcel. Cuando volví en mí, estuve forcejando sin poder respirar: al cabo de uno ó dos minutos oír el reloj del Santo Sepulcro dar las diez, y conoci que habia estado soñando.

«El capellan de la cárcel entró sin que yo le hubiese enviado á buscar: y me exhortó solemnemente á no pensar mas en las penas de este mundo, á dirigir mis pensamientos hácia el mundo futuro, y á tratar de reconciliar mi alma con el cielo, con la esperanza de que mis pecados, aunque grandes me

serian perdonados, si me arrepentia. Luego que se marchó, sentí en mí durante unos instantes algun mayor recogimiento; me senté de nuevo sobre la cama, y me esforcé con seriedad por departir conmigo mismo y prepararme á mi suerte. Reflexioné que de todos modos no me quedaban mas que pocas horas de vida, que en la tierra no había ya esperanza para mí, y que al menos era preciso morir dignamente y como hombre. Entonces traté de recordar todo lo que habia oído decir sobre la muerte de horca,—que no era mas que la angustia de un momento,—que causaba poco ó ningun dolor,—que quitaba la vida al instante,—y de aquí pasé á otras veinte ideas estrañas. Poco á poco mi cabeza comenzó á divagar de nuevo y á estraviarse, otra vez me llevaba las manos á la garganta, y la apretaba fuertemente como para ensayar la sensacion de la estrangulacion: en seguida me tentaba los brazos por el sitio á donde debia atarse la cuerda; sentíala pasar y volver á pasar hasta quedar sólidamente anudada; me sentia atar las dos manos juntas; pero lo que mas horror me daba era la idea de sentir el gorro blanco cubriendo mis ojos y mi cara. Si hubiese podido evitar esto, lo demas no era tan horrible. En medio de tales ideas, acometió poco á poco á mis miembros un entorpecimiento general: al aturdimiento anteriormente sufrido siguió un estupor pesado que disminuia el padecimiento causado por mis ideas, aunque todavia seguia pensando: el reloj de la iglesia dió las doce: sentia yo el sonido, pero este llegaba á mí indistintamente, como al traves de muchas puertas cerradas ó de una grande distancia: poco á poco los objetos que vagaban por mi memoria se fueron presentando sucesivamente menos distintos, despues no los ví sino parcialmente, despues desaparecieron del todo. Me dormí.

«Dormí hasta la hora que debia preceder á la ejecucion. Eran las siete de la mañana, cuando un golpe que dieron á la puerta de mi calabozo, me despertó: yo oí el ruido, como entresueños, algunos segundos antes de estar completamente despierto, y mi primera sensacion no fué mas que la del enfado de un hombre fatigado á quien se despierta sobresaltadamente; yo estaba cansado, y queria dormir mas. Un minuto despues descrierieron los cerrojos de mi puerta, y entró un calabocero con una lamparilla, seguido del guardian de la prision y del capellan. Alcé yo la cabeza, y un estremecimiento semejante á un choque eléctrico, á una zambullida en un baño helado, recorrió todo mi cuerpo: una ojeada me habia bastado; el sueño se habia alejado de mí, como si jamás hubiese dormido, como si jamás debiese dormir otra vez: conocí mi situacion. «R....., me dijo el guardian en voz baja pero firme, ya es hora de que os levanteis.» El capellan me preguntó cómo habia pasado la noche, y me propuso que uniese mis oraciones á las suyas: me recogí dentro de mí mismo, y me quedé sentado sobre el borde de la cama: mis dientes castañeteaban y mis rodillas daban una con otra á pe-

sar mio. Todavía no estaba clara la mañana, y como la puerta del calabozo se hallaba abierta, yo podia ver el pequeño patio empedrado, cuya atmósfera era espesa y sombría, y sobre el cual caia una lluvia lenta pero continua. «Son las siete y media dadas, R.....» dijo el guardian de la prision; y yo reuní mis fuerzas para pedir que me dejaran solo hasta el último momento. Me quedaban treinta minutos de vida.

Traté de decir otra cosa al guardian cuando iba á salirse del calabozo, pero esta vez no pude hacer salir las palabras; mi lengua se pegó al paladar; mi facultad de hablar habia desaparecido; hice dos violentos esfuerzos sin resultado; no podia pronunciar. Cuando se fueron permanecí en el mismo sitio sobre la cama. Me sentia entumecido por el frío, probablemente por el sueño y por el mucho aire que contra la costumbre habia penetrado en mi calabozo; y me hice un ovillo, por decirlo así, á fin de estar mas caliente, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza caída y temblando todos mis miembros. Mi cuerpo me parecia un peso insostenible que no me hallaba en estado de levantar ni de mover. El día iba aclarando por grados, aunque opaco y macilento, y la luz iba penetrando del mismo modo en mi calabozo, mostrándome las paredes húmedas y el suelo negro; y por mas estraño que parezca, yo no podia menos de notar estas cosas pueriles, aunque un instante despues me aguardaba la muerte. Yo paré la atencion en la lamparilla que el calabocero habia dejado en el suelo, y que ardia con mucha sombra á causa de una larga torcida apretada y como ahogada por el aire frío y malsano, y aun observé que no le habian echado aceite desde la noche anterior. Yo miré con detencion la cama de hierro desnuda y fría sobre que estaba sentado, las enormes cabezas de los clavos que guarnecian la puerta del calabozo, y las palabras escritas en las paredes por otros presos. Yo me tomé el pulso, y estaba tan débil que apenas podia contar sus golpes. Me era imposible, apesar de todos mis esfuerzos, reconcentrar mi atencion á la idea de que iba á morir. En medio de esta ansiedad, oí la campana de la capilla que comenzaba á dar la hora, y yo decia entre mí. ¡Señor, tened piedad de mí, desventurado! ¡por que pensaba que todavia no podian ser los tres cuartos despues de las siete!... El reloj dió los tres cuartos, dió un cuarto mas, dió las ocho.

Ya estaban dentro de mi calabozo, y aun no los habia yo visto; y me volvieron á encontrar en el mismo sitio y en la misma postura en que me habian dejado.

Lo que me queda por decir ocupará poco espacio: hasta el momento indicado mis recuerdos son muy exactos, pero no son ni con mucho tan claros respecto de los momentos siguientes: recuerdo muy bien sin embargo la manera con que salí de mi calabozo para pasar á la sala grande: sosteníanme dos hombres pequeños, arrugados, vestidos de negro: sé que traté de levantarme cuando vi entrar

al guardian de la prision con su gente, pero no pude.

Ya se hallaban en la sala grande los dos desgraciados que debian sufrir su pena conmigo; tenían atados los brazos y las manos á las espaldas, y estaban echados sobre un banco aguardando que yo estuviese preparado. Un viejo flaco, con cabellos blancos y claros estaba leyendo en alta voz al lado de uno de ellos; vino á mí y me dijo una cosa... que debiéramos abrazarnos, á lo que creo, porque no le oí distintamente.

(Se continuará.)

VISTA DE LA TORRE DE PORCELANA

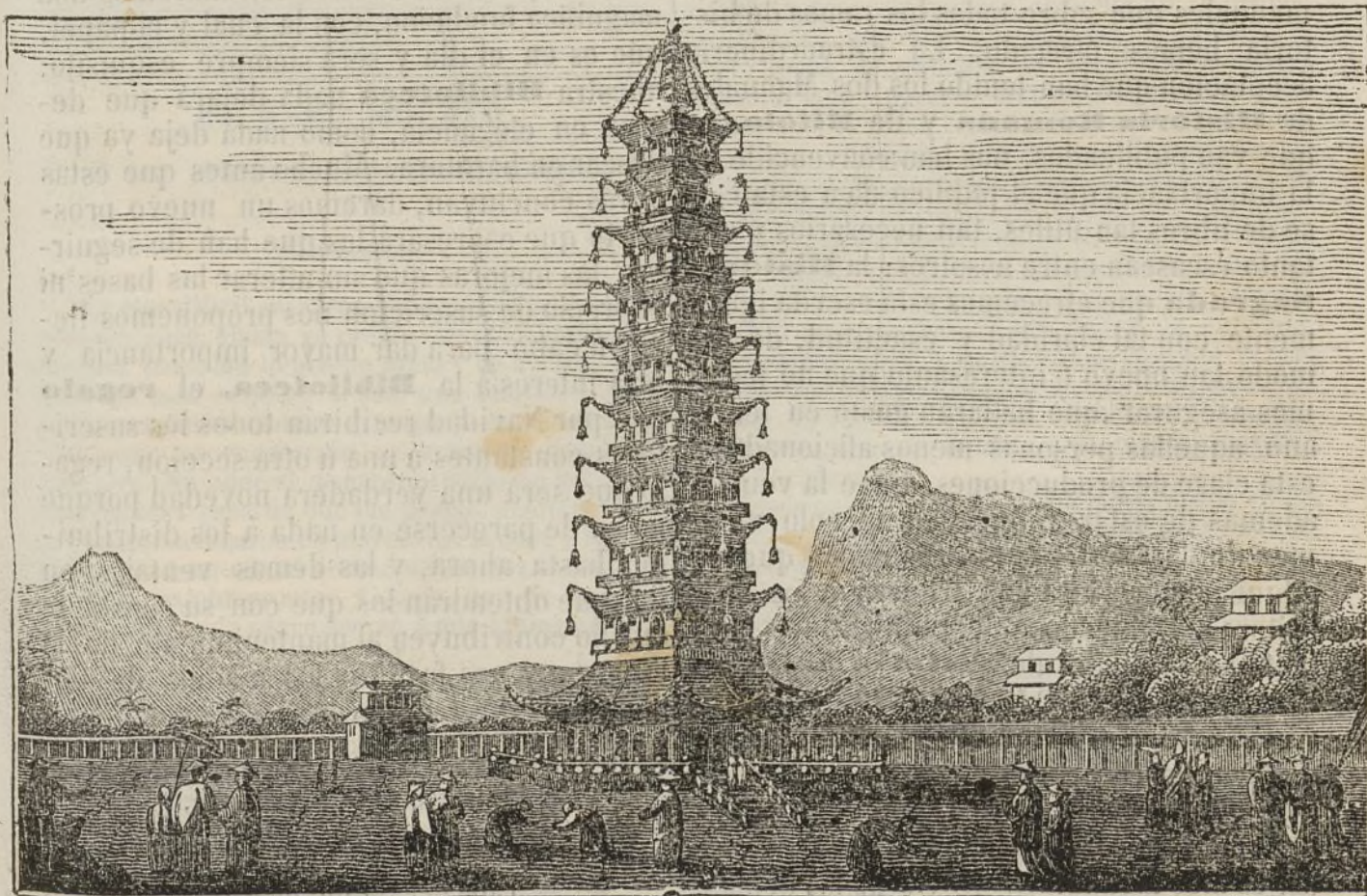
DE NAN-KING.

En el centro de la villa de Nan-King se eleva una torre de singular construccion que es la admiracion de los viajeros.—Está cubierta de porcelana; tiene ciento veinte pies de altura, y se compone de nueve cuerpos á los que se llega por una escalera compuesta de ciento ochenta y cuatro es-

calones de una gran dimension. Cada piso ó cuerpo es una galeria rodeada de una columnata y cubierta con un techo inclinado de construccion chinesca, á los ángulos de los cuales tienen suspendidas campanillas de bronce que despiden armoniosos ecos de un efecto sorprendente cuando las agita el viento.

Hacen mas pintoresco su aspecto los brillantes colores que la esmaltan, y el chapitel de madera, que dicen los chinos está cubierto con una plancha de oro. Desde lo alto de este monumento se divisa no solo la inmensa estension de Nan-King, sino tambien la vasta campiña que la circunda. La vista de esta magnífica ciudad, del variado y fértil paisage que bañan el rio amenorándole con los caprichosos surcos de su corriente y las inmensas sinuosidades que forma, presentan uno de los mas bellos espectáculos que puede ofrecerse á los ojos del extranjero.

El origen de esta torre es desconocido. Unos pretenden ver en ella un monumento piadoso; otros un monumento para recuerdo de las victorias conseguidas por los chinos sobre los tártaros hace siete siglos. Pero lo que hay de positivo es que estos últimos la respetaron cuando la devastacion de Nan-King en su última irrupcion.



Torre de porcelana en Nan-King.

BIBLIOTECA

POPULAR ECONÓMICA.

Terminada la repartición en Madrid y en provincia del tomo 4.º de la **Revolucion francesa**, por Thiers y 3.º de los **Misterios de Paris**, está en prensa el 4.º y último de esta obra y el 5.º de la **Revolucion**, que constará, segun ya se ha dicho, de seis tomos con inclusion de las notas. Va tan despacio la publicacion en Paris de la **Historia del Consulado y del Imperio**, del mismo autor, que nos vemos imposibilitados de poderla dar despues, como quisiéramos, sopena de tenerla que interrumpir por un tiempo indeterminado. Para evitar este inconveniente daremos entre tanto el **Manual de Historia Sagrada**, que forma parte de la preciosa coleccion de manuales que sobre todos los ramos de historia hemos ofrecido. La extraordinaria aceptacion que han tenido los dos Manuales de **Historia Romana** y de **Mitologia** que van publicados, nos han convencido de la importancia que el público dá á esta clase de libros tan útiles, tan necesarios y que tanto escasean entre nosotros: la **Historia Sagrada** que ofrecemos está escrita igualmente con tal claridad y exactitud, de un modo tan nuevo é interesante que no tememos asegurar que hallarán gusto en leerla aun aquellas personas menos aficionadas á esta clase de producciones: tiene la ventaja ademas de estar reducida á un solo volumen de la **Biblioteca**, de modo que su adquisicion costará una friolera á los suscritores. Habiéndose de publicar mas adelante los manuales de **Historia Antigua**, **Historia de la Edad Media**, é **Historia Moderna**, segun lo prometido, no podíamos dispensarnos de dar la preferencia á la **Historia Sagrada** como se la hemos dado á la **Romana** y á la **Mitologia**, pues asi es mas fácil la inteligencia de las demas.

Para la segunda seccion habiamos ofrecido despues de los **Misterios de Paris** el Guzman de Alfarache; pero varias personas nos han manifestado que seria mas del gusto de los suscritores alguna obra moderna, y nosotros que en este particular no tenemos otro deseo, ni otro interés, que el de complacer á los que nos favorecen, nos hemos decidido por las **Aventuras de Nigel**, novela de Walter Scott, buena como todas las de tan célebre autor, y que tiene la ventaja de no haberse traducido ni ser conocida en España. Constará de dos tomos poco voluminosos que podrán costar de ocho á diez rs. á los suscritores.

Al empezar estas obras estrenaremos una magnífica fundicion, con la cual y el papel, que es en el dia y será siempre esquisito, nuestra **Biblioteca** nada dejará que desear en elegancia, como nada deja ya que desear en baratura. Mucho antes que estas obras concluyan, daremos un nuevo prospecto que espresará las que han de seguirles, las mejoras que sin alterar las bases ni el precio de suscripcion nos proponemos llevar á cabo para dar mayor importancia y mas interés á la **Biblioteca**, el regalo que por Navidad recibirán todos los suscritores constantes á una ú otra seccion, regalo que será una verdadera novedad porque no ha de parecerse en nada á los distribuidos hasta ahora, y las demas ventajas en fin, que obtendrán los que con su constante auxilio contribuyen al mantenimiento de la empresa y nos facilitan los medios de poderles manifestar nuestro reconocimiento.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
DE DON F. DE P. MELLADO.—EDITOR,
calle del Sordo, núm. 11.